

RAFAEL MUÑOZ DE LA ESPADA



Socio cofundador de los despachos Alemany & Muñoz de la Espada y de Insolvency & Legal. Presidente Honorario de la Cámara de Comercio de Bélgica y Luxemburgo en España y del Foro Empresarial Hispano Neerlandés. Abogado del Reino de Bélgica en España, y de empresas multinacionales de América, Asia y Europa, a las que asesora en Derecho de los Negocios. Profesor en escuelas de negocio y autor de artículos jurídicos para la prensa económica. Estudiante de la pintura flamenca y holandesa de los siglos XVI y XVII. Es jinete, y ha sido Vicepresidente Primero de la Real Federación Hípica Española.



EL PUEBLO

La que fue Casa del Médico domina la garganta que discurre hasta el cañón del río. Por debajo de la del médico, se distribuyen una cincuentena de casas, en calles que carecen de nombre y que terminan ascendiendo en otra ladera contigua hasta la iglesia de San Juan, edificio que preside este pueblo que en su día fue Encomienda de la Orden de San Juan de Jerusalén, y que desde que el progreso llegó, se viene desangrando.

No quedan más de cuarenta. Treinta y seis adultos y cuatro niños. De los adultos, la mayor parte, ancianos.

La Casa del Médico es ahora morada del Cazador. El último médico que la habitó dejó el pueblo un otoño para no volver. Salió por la tarde a buscar setas en compañía de su perro, pero se perdió y fue sorprendido por una noche de tormenta eléctrica, que sin llegar a afectarle físicamente sí lo hizo de otra manera. Le encontraron a los dos días. Abandonó tanto el pueblo como el ejercicio de la profesión, según se dijo.

Y es que en el lugar no es difícil perderse. Se sitúa en un bosque, que debe ser de los más grandes de Europa. Donde se puede caminar muchas decenas de kilómetros, sin cruzarte con carretera alguna. Y las actividades del hombre en el bosque han desaparecido casi por completo.

La caída del precio en la madera de pino albar, que compite con la exótica procedente de Sudamérica, la desaparición del picón con el que nuestros abuelos se calentaban en los braseros, así como el abandono de la agricultura y la residual explotación ganadera, todo ello de manera simultánea a la paulatina despoblación de estas tierras, han propiciado la expansión de la naturaleza, que ahora más que nunca reina sobre el hombre, que la descubre asombrado.

De esto da fe un testigo de excepción, Victor. Reducto de los hombres que explotaban la tierra. Vitín, como es llamado familiarmente, es un hombre que sobrepasa la cuarentena. De estatura mediana y complexión atlética, podría pasar por un personaje del Far West. Con barba corta, descuidada, y ojos azules con mirada tímida.

Vitín se encuentra con el Cazador, y cruza las palabras de siempre.

—¿Qué marcha llevas?

—Bien. ¿Y el ganado?

El diálogo siempre empieza de igual manera, y como es habitual, el Cazador vislumbra una cierta tristeza en su mirada. El pastor parece aceptar con resignación su solitario destino en la naturaleza. Él la admira y respeta, pero en cierta ocasión confesaba que solo había podido librar del ganado el día de su boda. Ni siquiera cuando nacieron sus hijos.

—Mañana va a llover.

—Pues no está nublado.

El pastor se reafirma con media sonrisa. Sabe interpretar las señales del campo. El color del cielo, la dirección del viento, los gorriones bañándose en la tierra del camino...

—¿Y la paridera ha sido buena?

—Sí, pero el precio del cordero bajó.

En el campo siempre es así. Si los frutos son abundantes, el precio será escaso. Con suerte, llegas a la subsistencia.

Vitín es Juez de Paz. Conoce bien los linderos, los caminos y las servidumbres de los predios. Los conoce mejor que nadie, si exceptuamos al nonagenario Santillos. Su predecesor en el oficio.

Hace años que no pastorea, pero pese a su edad, cada mañana su negro perfil acusadamente encorvado, puede verse bajando por el camino que lleva al río. En dirección a su paridera, ya en ruinas.

Santillos, más aún que Vitín, es reservado. Difícil cruzar palabra con él, incluso en su visita diaria al bar de Nines y Puri, donde religiosamente toma su Fanta de naranja, en media hora de actitud reflexiva. La prominente nariz aguilena ya siempre dirigida al suelo, y la mirada perdida de un hombre inocente como un niño. Sin familia. Solo con sus recuerdos.

Tanto Santillos como Vitín han podido reflexionar en infinidad de ocasiones sobre el comportamiento del campo y de sus seres. Lo han contemplado durante el transcurso de toda su vida.

El cazador interrogaba cierto día a Vitín.

—¿Crees al hombre un ser superior a la hormiga?

—La hormiga recoge, durante el tiempo en el que el clima lo permite, restos de vegetación y de otros insectos muertos que transporta rápida y organizadamente por los carriles que despejan de obstáculos. Las hormigas limpian el campo y sirven de alimento a otros animales. ¿Qué hace el hombre? Algo parecido, pero con la diferencia de que la hormiga no pone en riesgo la vida del planeta.

Vitín es uno de los pocos habitantes en activo del pueblo. Junto con su cuñado Aurelio, que trabaja la piedra para construcción de fuentes ornamentales, columnas y arcos.

Los artesanales trabajos de Aurelio son destinados a encargos de ayuntamientos y obras particulares en otros municipios de mayor actividad. Trabaja la piedra con laboriosidad y humildad, como debieron hacerlo sus predecesores en el oficio, participantes en la construcción de iglesias y catedrales.

Vitín y Aurelio son los padres de los cuatro niños del pueblo. Las antiguas escuelas, al pie de la iglesia, daban igualmente acogida a las viviendas de los maestros que en su día enseñaban a multitud de niños del lugar. Hoy sirven de local de acogida a la Asociación de Amigos del pueblo, que edita la maravillosa revista de tirada anual *La Encomienda*, que lucha contra lo inevitable.

Aunque las escuelas como tales están cerradas, una profesora se desplaza un par de veces por semana para dar clase a los cuatro niños en una pequeña aula improvisada en el ayuntamiento.

Sus madres, Nines y Puri. Casadas respectivamente con Aurelio y Vitín.

Nines es la alcaldesa, mujer de carácter alegre y optimista. Alta, rubia y de ojos azules como su padre, Ángel, probables descendientes de las tribus germánicas que invadieron Hispania en el siglo V. Puri es elegante, delgada y de pelo oscuro, como su madre. Ambas hermanas regentan el bar del pueblo. Verdadero centro neurálgico y social.

El establecimiento acoge las dos partidas de guiñote que habitualmente se juegan cada día y que se salda con una cifra de negocio equivalente al importe de ocho cafés. A esto cabe sumar la Fanta de Santillos y, por supuesto, los cuatro o seis cubalibres que pueden servirse las noches del viernes y sábado, que exige la presencia de una de las hermanas hasta que el último cliente abandona el diván de psicoanalista en que a veces se convierte la barra del bar, a altas horas de la noche.

Si alguien puede atribuirse una función social, ahí están las camareras del bar «Freud» del pueblo.

Ángel y Pura, antes de ayudar a sus hijas a instalar el bar, regentaron ese modelo de colmado/tienda de ultramarinos ubicado en la propia casa, en el que junto a los productos de charcutería se podían comprar latas de conserva, legumbres, hortalizas, frutas y artículos de droguería. Al frente de ese comercio/hogar, con horario de apertura «Seven-Eleven», 365 días al año, se encontraba Pura.

Ángel también, aunque más dedicado a otras de sus pluriactividades. Especialmente reseñable, la de apicultor. El mundo de la abeja de Ángel entra en íntima conexión con el de su yerno Vitín, igualmente estudioso de los pequeños seres del campo, incluida la hormiga.

La miel producida por las abejas de Ángel es de excelente categoría. Y como ocurre con las esencias, que han de guardarse en pequeños recipientes, así es la cosecha de Ángel: escasa y guardada en pequeños y pocos tarros de cristal.

Los chinos, grandes expertos en producciones masivas, harían sin duda una comercialización mucho más amplia, estirando la rica y concentrada miel de las colmenas de Ángel. Pero éste no la comercializa. Casi toda la regala. Como cuántas cosas tienen Pura y Ángel en la despensa de su casa: chorizos y morcillas de la matanza, aceitunas cortadas y aliñadas con ajedrea, lomo de orza, huevos de las gallinas de corral.

Ángel puede ser visto cada mañana antes del mediodía sentado en el poyo junto a la puerta de su casa. Observa con regocijo como los gorriones del pueblo acuden a recibir la ración de trigo que les sirve.

Alejo es hermano de Pura. Trabajó en Barcelona y otros lugares. Cuando volvió al pueblo que le vio nacer no se conformó con el cobro de su pensión y, al igual que otros como Moisés y Segundo, educó a sus perros en la búsqueda de la trufa negra.

Es una persona cabal y pícara. Cuando se encuentra con el Cazador le provoca sobre el conocimiento del nombre de los parajes del extenso término en el que caza. En el cañón del río: la Fuente la Toba, las Juntas, las Cortaduras, Mari-brava, la Fuente de los Enfermos, el Castillo de Garabatea; o en Los Llanos: la Cañada de Marigarcía, o la de La Basilia, La Escampiá, el Currucal, la Peña los Aros, Fuenjordana o el Pozo Cornejo son algunos de los parajes que pudiendo embelesar por su belleza, pueden ser letales en el crudo y nevado invierno, en el que se superan a menudo los veinte grados bajo cero.

La tierra dura endurece la persona. Antes de que existiera agua corriente, no hace muchas décadas, las mujeres en toda estación bajaban por el zigzagueante camino de más de cuatro kilómetros a lavar la ropa al río, que era tendida sobre los bujes y las aliagas antes de subir de vuelta con la ropa limpia.

Y el acopio de leña para pasar los inviernos. Cuestión de ocupación prioritaria en cada momento libre del año para los moradores del pueblo.

Cuando la gente salía del pueblo emigrando por necesidad, no olvidaba. Y siendo sus hijos, jamás descuidaron el mantenimiento de las casas que dejaron.

O los que no dejaron el pueblo. Porque no quisieron, no pudieron o no lo necesitaron, como el tío Escolástico, que por el servicio militar una vez viajó al sur, y relata de memoria el nombre de cada una de las localidades que atravesó en tren a la ida y a la vuelta.

Pero al igual que la dureza del terreno hace fuerte al hombre, la dureza de la vida no endurece el corazón de la persona, sino que lo engrandece. Como ha enseñado Alicia al Cazador cada vez que se encuentran, irradiando bondad y esperando compasión. Esta anciana, que perdió a su hija y su nieta en terribles circunstancias, se aferra a quien pueda comprender su eterno dolor.

Alicia forma parte del reciente coro impulsado por Aurita, compuesto por un puñado de señoras que no se resignan a apagarse sin más.

Este verano la autoridad educativa comunica que los cuatro niños del pueblo no podrán continuar su educación. Tendrán que asistir a clase en la capital.

El bosque se queda sin hombres.

El pueblo se queda sin niños.

El Cazador recuerda la mirada de Vitín.

